

El abominable

Al principio pensé que se trataba de una nube de polvo cruzando la carretera. No era eso. Detuve el automóvil para observar la extraña escena. Miles de mariposas multicolores se desplazaban en una misma dirección, como si fuese un vuelo migratorio.

Absorto estuve mirándolas ese atardecer. La luminosidad, en declinación, daba brillos nuevos a los árboles y el campo parecía amortajado por un denso rocío fantasmal. Descubría una realidad distinta que se presentaba callada y por sorpresa.

Decidí buscar alojamiento. Una señalización caminera, indicó la existencia de un pueblo a 46 kilómetros. Fui al único hotel, atendido por su dueño.

—Buenas tardes. Bienvenido.

—Buenas tardes. Quisiera alojar.

—Tengo la mejor habitación. ¿Se quedará unos días?

—No. Pasaba por acá y preferí descansar.

—Hace bien. Pronto va a oscurecer. Es peligroso manejar de noche. Si no tiene prisa mañana podría asistir a nuestro principal evento.

—¿De qué se trata?

—¡Ah! Es algo impresionante. Ya lo verá. De usted depende.

—¿Es una celebración religiosa?

Río con ganas.

Testigo

—Curioso concepto el suyo.

No agregó nada a esas palabras. Le pedí la llave. La pieza muy agradable. Después de haber dormido muy bien, bajé a desayunar. Me encontré con la misma persona.

—Le prepararé el desayuno.

—Gracias, después voy a continuar el viaje.

—Se va a arrepentir. Rechaza una experiencia que todos debiéramos tener al menos una vez.

—Hábleme de eso.

—¡No! ¡No! Lo averiguará usted mismo, si se decide. Después se irá con gusto, se lo aseguro.

Le fue fácil convencerme. Al terminar el desayuno, se acercó.

—Vaya con tiempo. Puede ir a pie. Es derecho por la calle de enfrente.

A mediodía llegué a una amplia construcción de adobes. Frente a ella un lugar bastante amplio, cubierto de baldosas desteñidas y en su mayoría trizadas. Gran cantidad de mesas copaban el sitio. Me pareció inhóspito. Alguien me observaba tras una ventana. Salió a mi encuentro, usaba chaqueta blanca, corta y pantalones negros. La tenida ajada pero limpia.

—Buenos días. Es precavido.

—Buenos días. ¿Vendrá gente?

—No quedará una sola mesa disponible, se lo aseguro. ¿Le gustaría conseguir una perfecta ubicación por un mínimo desembolso adicional?

Testigo

Lo dijo, inclinándose a mi oído, como si pudiesen escucharlo. Tenía una expresión entre expectante y traviesa. Le di buena propina. Sus ojos brillaron.

—Usted es un caballero. No lo defraudaré. Acompañeme, por favor.

Seguimos por un estrecho pasillo, hasta una tarima baja de unos tres metros de diámetro, cubierta por gruesa alfombra, sobre ella, una hermosa mesa rectangular de encina y un sillón. En su entorno, numerosas mesitas cuadradas. Me señaló una cercana a la solitaria.

—Desde aquí no perderá detalle. Con su permiso.

Regresó con lo necesario en una bandeja.

—Le recomiendo algo fuerte, apropiado para esta ocasión.

Depositó dos jarritos.

—¿Podría conocer el menú?

—Ofrecemos lo habitual. Mientras espera, beba estos preparados.

Hágame caso. Con permiso.

No alcancé a preguntar por las razones. Probé ambos licores, buenísimos. Comenzaron a llegar clientes. Lo hicieron en forma intermitente al principio, seguido de una oleada que llenó las instalaciones en cosa de minutos.

Quien me atendía, trajo un plato de cazuela, descomunal.

—Coma rápido, todos lo hacen antes de la aparición del abominable.

Testigo

Tampoco logré aclarar esta nueva duda. El espacio ya se había colmado de gente. Me sorprendió su mutismo. Casi no hablaban o lo hacían en voz baja, tampoco escuché risas. A mí alrededor comían todos apurados. Los imité. Persistía en el ambiente una sensación indefinible, similar al producido en un funeral. Tratándose de unas trescientas personas, el efecto impactaba. En un instante los mozos que atendían, solo se dedicaron a cobrar los consumos. Se produjo una espera tensa, acentuada por el silencio. Tres garzones avanzaron hacia la tarima transportando distintas cosas. El primero con un mantel bordado que colocó con delicadeza. Los otros llevaban fina vajilla y copas de cristal.

Los presentes aparentaban no estar interesados en los preparativos, sin embargo, sus miradas furtivas decían otra cosa. Percibí un desasosiego y un aumento de la tensión que lentamente crecía. Exclamaciones ahogadas en las gargantas anunciaron una presencia. Se trataba de un hombre de mediana estatura, voluminoso. Estuvo detenido un rato a la espera de concentrar toda la atención, después caminó, despacio, hacia el centro, sin mirar a nadie. Vestía de etiqueta. Sobre los hombros, una capa negra. Su rostro resultaba llamativo por lo desagradable. Piel cetrina, con arrugas profundas, ojos cínicos, y una boca carnosa, humedecida a cada instante por una rápida lengua de reptil.

Sentado, inmóvil, aguardó que lo atendieran. Le sirvieron vino blanco. Bebió con movimientos ampulosos. Imposible imaginar un humano tan repelente, disfrutando del desagrado que él mismo provocaba. Chasqueó los dedos.

Testigo

Le trajeron una magnífica fuente de porcelana blanca, además de algunos pocillos con variadas salsas. Estuvo jugando unos segundos con la copa antes de beberla por completo. Se puso de pie, las manos en la cintura y nos lanzó su mirada oscura, burlándose del odio despertado. Si era un actor, había logrado su objetivo con creces.

Volvió a sentarse, dándonos una ojeada desafiante. Cerró los párpados, inclinando la espalda en actitud de oración. Nuestro silencio total, agresivo diría, acompañó su prolongada inmovilidad. De pronto, estremecidos, escuchamos su grito estridente, de bestia. Alzó los brazos, en un gesto de convocación, musitando palabras ininteligibles. Así permaneció, como si estuviese la certeza de una respuesta y ella llegó. Primero parecía un murmullo de sedas descendiendo de lo alto, convertido, al hacerse visible, en una columna palpitante y delicada de miles de mariposas que se posaban en la blancura ovalada.

Esperó tenerlas a todas congregadas, entonces vertió en ellas los condimentos, viéndolas debatirse. A cucharadas comenzó a devorarlas, una y otra vez, emitiendo un canturreo, acompañado de una horrible expresión de dicha.

Rio, mirándonos de nuevo. Satisfecho, procedió a tragarse las últimas. Al salir, pasó frente a mí, caminaba lento, seguro de sí mismo. Observando su cara de perfil, descubrí en la comisura de los labios, el tornasolado movimiento agónico de un ala.

